



## ELOGIO DE LA SOMBRA

## Rock y literatura

JOSÉ MANUEL  
MARTÍNEZ CANO

Ahora que se habla de la supervivencia del libro, cuando la venta de este necesario producto ha descendido en nuestro país un 4% durante el pasado año y algunas editoriales han caído un 14% y, a las claras, vemos, que el cine español, o lo que sea, goza del mayor presupuesto en el gasto de Cultura –sólo superado por Museos– con una política de subvenciones absurda, el libro lucha por sobrevivir ante las nuevas tecnologías, dada la proliferación de páginas web y blogs donde se dan cita, según el filósofo **Fernando Savater**, «inventos, infundios y tergiversaciones contra las cuales es prácticamente imposible luchar». El libro y el mundo que rodea a éste están sufriendo a todas luces un cambio pero no una hecatombe y vuelvo a citar a Savater «no hay que escandalizarse si futuros creadores no tienen un libro en su forma impresa. No hay que olvidar (argumentó el filósofo en México) que hubo épocas en las que quienes forman la base de nuestra cultura no tuvieron en sus manos un libro tal como lo conocemos hoy». Y del libro, o de un libro, va a tratar esta columna dominguera con la resaca de los dispares acontecimientos que nos ha dejado esta primera semana otoñal que huérfana de efusiones nos ha abandonado a la suerte esquiva de un Madrid sin olimpiada y una crisis económica que cada vez se hace más permeable y vulnerable en la doméstica cotidianeidad de los españoles.

**Belén Gopegui**, en otros tiempos pupila aventajada de **Carmen Martín Gaité** y novelista ya faro de su generación –nacido en 1963– ha publicado la que creo que es su mejor novela hasta el momento, a pesar de las muy celebradas *La conquista del aire*, *Lo real*, *El*

lado frío de la almohada, *El padre de Blancanieves*. ...se trata de *Deseo de ser punk*, editada en el sello Anagrama cuando esta carismática editorial cumple cuarenta años. Una portada impactante donde la imagen de **Iggy Pop** invita con simpática mueca a penetrar en el mundo de la adolescente *Martina*, protagonista de este relato que en primera persona narra su amor por el rock, el citado Iggy y su canción *Gimme danger*, leit motiv de una rebeldía aparentemente sin causa pero toda una revolución personal contra un mundo consumista y sin motivos a primera vista para desenterrar el hacha de guerra que todo joven a esa edad lleva dentro y que frustradamente derrama por calles y plazas en el entorno del celeberrimo 'botellón'. *Martina* es sólo adicta a la música rock, la dura, la que no tiene melodía, la que electriza el aire y llega a las vísceras de un sentir colectivo que solamente demanda un espacio y un código propio para sobrevivir al tedio, donde los hijos de una generación, seguramente también frustrada, quieren ser 'okupas' de su propio espacio existencial. En *Deseo de ser punk* hay una evidente confesión y catarsis de *Martina* que escribe en su cuaderno con rabia contenida, toda una declaración de intenciones contra el capitalismo decadente de una sociedad que genera paro y desidia. Ataca a Los Beatles por su dulzura y salva a **Johnny Cash** de las cavernas del olvido, sobre todo sus conciertos en la prisión de San Quentin, el romanticismo de *Martina* se hace patente por su amor los discos de vinillo, metáfora de lo que se pierde, y «tener dieciséis años y no tener música», como dice ella, supone una rebeldía a medias, donde la referencia a las barricadas de Atenas, con la

muerte de un joven de su edad, nos remite a un mayo del 68 que actúa de apunte intergeneracional en el conformismo de sus padres, que hasta 'estar en paro' lo ven como parte lógica de su mundo. No cabe duda que hay mucho, en esta excelente pieza narrativa, de *El guardián entre el centeno*, de **Salinguer**. **Holden Caulfield**, como alter ego de *Martina* y su escenario: su amiga del alma *Vera* y la sombra del padre de ésta, *Lucas*, fallecido pero constante referencia del padre que siempre se deseó y nunca se tuvo. Narrar en primera persona, con un lenguaje cuidado y poético, con las ingenuas pero no contaminadas reflexiones de una adolescente que no encuentra su sitio si no es a través de esa terapia dura, pero balsámica que es el punk-rock, tiene las ventajas de hacer más creíble al personaje que piensa que esa música borraba el mundo «mientras estaba contigo», es decir, con el destinatario de esta beligerante y desmitificadora manera de ver la vida desde una adolescencia, como casi todas, desubicada y romántica, donde el mayor acto de exaltación consiste para *Martina* en tomar un emisora y pedir locales para los adolescentes, espacios cuando «todo es peor que lo peor y que lo único que esperan de nosotros los adultos es que llegue un día en que empecemos a vender y comprar todo». Ese mensaje final, desgarrado y con música –también me recordó a algunas novelas de **Haruki Murakami**– nos muestra a *Belén Gopegui* en su estado más puro y crítico, donde en pocas páginas consigue, tanto estructural como lingüísticamente, sin olvidar el certero tono social, retratar a una generación mal juzgada por algunos que sólo la miran a través de la ventana de enfrente. Un haiku de **Matsuo Bashō**, espero que *Belén* me permita esta licencia, podría adornar el alma de *Martina*, como la música de Iggy Pop: «Este camino / nadie ya lo recorre / salvo el crepúsculo».